

Los Misterios
DE LONDRES.

Tomo 21 de la Coleccion.

5 A18 1178-4

lin 640693
R. 177062(13)

Los Misterios

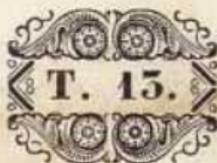
DE LONDRES,

NOVELA DE

SIR FRANCISCO TROLOPP,

traducida

POR D. RAFAEL DE CARVAJAL.



VALENCIA : 1845.

—
LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA,
calle de la Lonja de la Seda.

Es propiedad del Editor.

Imprenta de D. Benito Monsfort.

La senetucia.

DEJAMOS pasar seis semanas y nos encontramos en el mes de Febrero de 185... Hacia esta época es cuando se anima la aristocrática Lóndres. Las ventanas de los suntuosos palacios de West-End se abren dando paso á la vez á las miradas de los ociosos y al aire exterior que va á renovar la atmósfera de los salones cerrados durante las tres cuartas partes del año. Los carruages son ya mas numerosos en Park; se

habla de la llegada de Dupréz y de la primera salida de Carlota Grisi ó de las Esler. English-Opera-House se agita y se adorna para recibir todos aquellos brillantes talentos que prestan la Francia y la Europa cada primavera á nuestro suelo infecundo para el arte. La ESTACION va á comenzar.

La *estacion* es Almach, es la corte, son los sofocantes *soirées* de los teatros, las lecturas pedantes, los paseos á Hyde-Park, aquella feria de carruages la mas magnífica del mundo; son las carreras, las justas ó lides ruinosas de los trinquetes; es el fausto que lucha contra el esplin, es el ruido que pelea cuerpo á cuerpo con el enojo.

La *estacion* es tambien para la nobleza y el *gentry* inglés, tan orgullosamente pródigos en el exterior y tan vergonzosamente mezquinos en los gastos domésticos, el momento doloroso en que se gasta en algunas semanas las tres cuartas partes y media de la renta anual, en que se echa el oro por la ventana para *aparentar*, y se lleva á los límites mas increíbles la tacañe-

ría del hogar durante los largos meses que se pasan en el campo.

Sabemos que hay caballero que da liberalmente una guinea al criado de la choza en que ha reposado algunas horas, y está disputando con su propio lacayo medio día por un schelling, y lady que añade un billete de banco de cinco libras á los honorarios de su modista mientras que escatima los modestos salarios de su doncella y la echa al hospital si cae enferma....

El tribunal de Middlesex tenia abiertas sus sesiones en Old-Bailey hacia cosa de una semana.

Eran las once de la mañana: una multitud inmensa se agolpaba á las inmediaciones del tribunal de justicia, y jamás habia sido mas vivamente escitada la curiosidad pública. Los agentes de policia apenas podian defender las salidas del pretorio, cuyos asientos reservados se vendian á diez libras esterlinas.

Tratábase de un proceso muy interesante, y los periódicos habian dado al asunto un eco gigantesco que sin duda merecia.

El buen mozo, el brillante y famoso

marqués de Rio-Santo, hacia dos dias que se sentaba en el banquillo de los criminales.

Hay que hacer justicia á nuestras gentes del gran tono en decir que no abandonan de buena gana á aquellos de sus individuos que caen bajo el golpe de la ley. Por el contrario estamos autorizados para pensar que nuestras ladys tienen una passion por los héroes que se ven acusados en los tribunales. Esto es una consecuencia directa de su amor immoderado por las *escentricidades* de todo género. Y de hecho en nuestra filosofía política, segun el estado en que se encuentra, ¿qué diferencia lógica puede establecerse entre un héroe y un ladrón? ¿El misionero que en el momento en que terminamos estas líneas cantaran algunos sus alabanzas, Mr. Pritchard, el apóstol-Fígaro de Taiti no está en el gran camino que conduce á nuestro panteon?

Lores y bellas damas formaban allí sus *rush*, así como las vendedoras de Poultry y las temibles mugerzuelas de los watermen. Habia una confusion espantosa, de

suerte que era muy difícil verse los amigos y conocidos. Sin embargo, á fuerza de buscar el semblante evaporado del francésito Lantures Luces habia herido nuestra vista cerca del perfil ecuestre de lord Jhon Tantivy. Un poquito mas allá ocho sombreros de paja, adornados con cintas extraordinarias, ocultaban las ocho cabezas de nuestras amables comadres de Finch-Lane, mistriss Bull, mistriss Croscairn y otras cuyos armoniosos nombres hemos olvidado. Estas ocho recomendables personas habian acabado de tomar el té en casa de mistriss Bloomberry, la que estaba bien triste á la verdad por no haber podido vencer la frialdad del buen capitán Paddy O-Chrane. No obstante su tristeza, mistriss Bloomberry y sus compañeras manejan la lengua con tal agilidad, que tenemos un vivo sentimiento en pasar en silencio las cosas notables que en aquella circunstancia dijeron estas flores de la cité de Lóndres.

Muy cerca de la puerta principal habia una muger vestida de luto, cuyo rostro estaba oculto detrás de un espeso velo negro.

El tropel se agitaba como un mar y gruñía, de modo que era aquello un concierto odioso de voces chillonas y guturales pronunciando las palabras cargadas de consonantes de la lengua inglesa, y recorriendo en todas direcciones las notas desagradables de nuestra melopea familiar.

A eso de las once y cuarto los centinelas sostenidos por algunos de policía abrieron un paso al carruage del acusado.

Los diez mil espectadores se pusieron todos de puntillas, pero no pudieron ver nada absolutamente.

El marqués de Rio-Santo, en cuya fisonomía se notaba un aire de distraccion y de indiferencia, bajó sobre el umbral de Old-Bailey.

En este momento la muger vestida de negro levantó el velo y descubrió las pálidas facciones de lady Ophelia, condesa de Derby. Los ojos del marqués se volvieron hácia ella por casualidad, y tan pronto como la vió cambió de repente la espresion de su fisonomía. Todo lo que puede haber mas tierno en el respeto y mas afectuoso en el reconocimiento vino á animar su mi-

rada que acarició un instante con amor la frente abatida de lady Ophelia. Era esto una accion de gracias muda, pero elocuente, en donde habia una admiracion conmovida y un testimonio de ardiente gratitud.

Ophelia volvió á dejar caer el velo, pero por pronto que lo hiciera, no pudo ocultar una sonrisa melancólica al través de dos lágrimas silenciosas que corrieron lentamente por sus mejillas.

Nosotros que la hemos visto pasar llena de brillo y altivéz, al ruido de los cumplimientos mas aduladores y de lisonjas mundanas por medio de la turba envidiosa de sus rivales vencidas; nosotros, decimos, nos hubiésemos visto perplejos para reconocerla aquel dia, sola, pisando el sórdido pavimento de Old-Bailey, y ocupando un sitio en las primeras filas de la barahunda brutal que acechaba la llegada del acusado. ¡Estaba tan cambiada, por otra parte! ¡Habia en sus ojos cansados de llorar un desaliento y una afliccion tan profundos!

¡Oh! el marqués tenia razon en dar gracias y en admirar. Aquella muger, á quien

habia abandonado en los dias de felicidad, acababa de darle todo lo que la quedaba aquí abajo; habia descornado para él aquel velo misterioso con que hasta entonces se envolvía su debilidad, habia manifestado á todos su amor y sus lágrimas arrostrando de este modo, sin que esto la produjera remordimiento ni pesar, la implacable venganza de un mundo que no sabe perdonar una falta que se ha confesado porque agota su indulgencia en festejar el vicio hipócrita. En medio del atrevido celo de su afecto habia ella fatigado la paciencia de los jueces; se habia echado á los pies de los ministros, habia llorado humillando cada dia su orgullo de gran señora y se habia puesto á suplicar de rodillas á sus rivales.

Y siempre rechazada, cubierta por todas partes de desprecios crueles, se habia manifestado fuerte en medio de los desdeños. Su pobre alma saturada de amargura no habia cejado en la tarea, y paciente en el sarcasmo y humilde en el insulto, no habia contestado á los ultrajes otra cosa que estas palabras: ¡piedad, piedad para él!

En este momento su presencia en aquel

sitio era un objeto precioso de recreo para lord Tantivy y sus amigos, que para matar el tiempo se entretenian en emplear algunas chanzonetas de mal gusto, y puede que el escesivo dolor de la pobre Ophelia hubiese al fin llamado la atencion de la multitud á no haberla ofrecido su ayuda una muger á quien ella no conocia. En efecto, la condesa en el instante que Rio-Santo pasaba por última vez el umbral de Old-Bailey, sintió desfallecerla el corazon, y sus piernas súbitamente entorpecidas se tambalearon. Un brazo se introdujo al rededor de su talle, y la sostuvo.

Ophelia se volvió, y distinguió que la que la socorria era una muger de arrogante estatura vestida de luto y con el velo echado como ella.

Esta muger, sin dejar el brazo de Ophelia, penetró por medio de aquel gentío, y ganó una de las calles adyacentes.

— ¡Dios os lo recompense, milady! murmuró entonces ella aplicando á la nariz de Ophelia un frasquito de espíritus; yo hubiera querido hacer lo que habeis hecho vos.... pero soy una pobre muger, y vos

una noble lady.... ¡Que Dios os lo recompense!

—¿Quién sois vos? preguntó la condesa.

—Me llamo Fanny Bertran, respondió la muger cubierta; yo le amo como le amais vos.... ¡Vos vereis tambien como no se le puede olvidar!... Y yo sé que habeis suplicado por él, llorado por él.... ¡Gracias, gracias, señora, bendita seais!

Fanny Bertran tocó con sus labios la mano de la condesa, y desapareció por entre el tropel.

El marqués de Rio-Santo estaba delante de los jueces, y se suponía que en aquella sesion se terminarian los debates y recaeria el veredicto del jurado.

Angus Mac-Farlane de Crewe, que era el principal testigo del proceso, faltaba, y á pesar de todas las indagaciones que se habian hecho en su busca, no pudo ser habido ni sabídose su paradero.

Frank y Mac-Nab eran los que se hallaban allí en su reemplazo. Cerca de ellos se sentaba como testigo benévolo Su Gracia el príncipe Dimitri Tolstoy, embaja-

dor de Rusia, cuyo testimonio habia mas de una vez aterrado á Rio-Santo en el curso de los debates.

Habrà que convenir que el tártaro por su carácter, por su naturaleza y por el papel ridículo que habia tenido que hacer antes con el marqués, tenia indisputablemente un derecho á mostrarse resentido, pérfido y sin piedad.

Era de aquellos hombres tan comunes en todos los paises á quienes se honra mucho por otra parte, que lamen los zancajos del vencedor y le ponen el talon de sus botas sobre la frente cuando lo ven vencido.

El gentío en la parte de fuera habia disminuido notablemente, pero aun quedaba en la calle un tropel regular y muy bastante para sofocar respectivamente á una muger, á un niño ó viejo.

La mayor parte de las gentes que habian dejado la calle no habian ido muy lejos sino que estaban esperando en algun café ó taberna de las inmediaciones el resultado del proceso y la salida del condenado, porque la condena no era dudosa.

La *Familia* entera estaba en conmocion. Ninguno de sus miembros mas que el marqués estaba encausado , porque la deposicion que Mac-Farlane hizo en el tribunal de policia de Westminster solo mencionaba al marqués prometiendo despues hacer ulteriores revelaciones y dar una lista de los principales lores de la noche. Desde aquella misma noche no se habia vuelto á saber del laird y se suponía habria sido asesinado por la *Familia*.

Pero el marqués era suficiente para llamar la atencion general. Los hombres de la *Familia* sabian desde entonces ser este aquel gefe misterioso que dirigia en la sombra sus movimientos, y reinaba sobre ellos como monarca absoluto. Cada cual habia tratado de verle; todos le habian visto, y el aspecto verdaderamente real de este hombre extraordinario habia hecho en todos una profunda impresion.

Mientras que el proceso sigue su curso volvamos á los personajes subalternos de nuestro drama, reunidos en el Spirith-shop de Jack-Gibbert, Flect-Lane á algunos pasos de Old-Bailey.

Ya hemos hecho una descripción en nuestro relato de la distribución interior de los cafés de orden inferior para que nos detengamos en formar la carta de Spirith-shop de Flead-Lane. Era este un chirivital en el género de la *Pipa y el Jarro*; solamente había una pieza reservada para los escribientes de los curiales y para los alguaciles de justicia que eran los caballeros de aquel sitio.

A una de las mesas de esta pieza reservada, muy cerca de la puerta del salón común, estaba el capitán Paddy O-Chrane tomando sus doce sueldos de gin, mezclado con agua fría sin azúcar y con una gota de limón.

Paddy estaba solo. No lejos de él Snail, Madge y Loo Mich, cuya cara en mal estado conservaba las marcas del terrible puñetazo de Turnbull, ocupaban el primer departamento del salón común. En la otra mesa Bob-Lantern y Templanza partían maritalmente una jarra de *porten*. Por último, á un rincón apartado Dannon de Audagh estaba tomando su desayuno metido en el ángulo de su caseta y nadie había notado su presencia.

Primero se habia hablado del proceso, y despues de agotada ya esta materia se habia vuelto á tratar del grande acontecimiento del robo del banco y de los incidentes que de su mal éxito habian resultado.

— ¡Este hubiera sido un *fun* famoso! dijo Snail, yo y mi hermana Loo nos habíamos colocado á la esquina de Poultry.... Pero mirad cómo alienta la pobre Loo.... ¡Mich, dad de beber á vuestra muger, cuñado!

Mich echó un vaso de gin que Loo parecia querer tragarse; pero la pobre muchacha no pudo llevarle á los labios, y el vaso cayó de su trémula mano, estrellándose contra el suelo.

— ¡Señal de muerte! dijo Mitchell.

— ¡Bah! replicó Snail; echad otro vaso, Mich: yo lo pago....

Loo se habia levantado con la respiracion agitada poniendo las manos sobre el pecho que la abrasaba y se echó á la larga sobre un banco.

— Mirad, Templanza, dijo paternalmente Bob Lantern á su muger: mirad

adonde conduce el abuso de los licores fuertes, tesoro mio.

— ¡Oh! mi querido Bob, respondió Templanza acariciando la desaliñada barba del mendigo; ¡esta mañana no he bebido el valor de una pobre pinta de gin!...

— Y no tiene nada de extraño que fuese una señal de muerte, prosiguió Snail, porque Su Honor está en un paso nada bueno.... Mas volviendo á mí y á mi hermana Loo cuando los soldados llegaron.... Escuchad esto, esposa Madge, y vereis si vuestro marido es un hombre, ¡que el infierno me abraze!... Cuando llegaron los soldados hubo algunos necios que quisieron atacarles.... Los soldados cargaron y nos llevaron á buen paso hasta el Purgatorio de White-Chapel que estaba vacío; porque todos los pájaros habian volado.... Joé que estaba de guardia movió el resorte de la entrada que da al Lane; el muro del piso bajo se abrió como vos pudisteis ver y yo tambien y mi hermana Loo lo mismo... paredes encantadas se abrieron en el teatro de Adelphi... Nos echamos en la sala baja, los soldados nos siguieron.... ¡Ah! ¡ah!

¡vais á ver!.... Nosotros, que sabíamos el camino, corrimos á la izquierda, pero los pobres diablos de los soldados se detuvieron así que se cerró la puerta tras de ellos.... se detuvieron y no hablaron palabra.

El lector recordará, para poder comprender el relato que hace Snail de sus proezas, la descripción de la entrada secreta del Purgatorio que hemos mencionado, cuando lady Jane B.... vino á esta guarida conducida por la condesa Cantacucena para rescatar el diamante de la corona sustraído en Covent-Garden.

Snail prosiguió:

—Fumad mi pipa, querida Madge, y me la devolvereis cuando haya yo concluido.... ¡Estaba oscuro pardiez! como en un horno.... Yo eché á andar pausadamente para llegar al boquete de precaucion que hay entre la calle y la puerta de la sala.... Y así que estuve á la entrada del boquete les dije: ¡Vamos, camaradas, vamos!.... ¿Te acuerdas de esto, mi buena Loo?

Loo abrió sus estinguidos ojos, y los cerró al instante sin contestar.

—Loo está mala, repuso Snail; eso no

será nada si se le da de beber.... ¡Los soldados me oyeron y se lanzaron!.... ¡ah! el banquete es muy profundo.... Y no podrán decir dónde está el Purgatorio.

—Consiento que me pongan á hervir en la caldera de Satanás, dijo el capitán, ¡qué diablo! si ese muchacho no es el mas fino de todos nosotros.

—¡Escuchad, esposa Madge! exclamó Snail, escuchad lo que dicen de vuestro hombre, ¡un millon de blasfemias!

—Eso debió descontentar mucho á los soldados, observó Bob, pues era muy duro morir de aquel modo en el fondo de un pozo.... ¿Cuántos eran ellos?

—Como unos doce, amigo Bob.

—Suponiendo que cada uno tuviese solamente tres shellings en el bolsillo.... y un soldado del rey puede muy bien tener esa cantidad.... ¡esto hace cerca de dos guineas que se han perdido!

Bob suspiró al hacer este cálculo.

—¡Oh! ¡oh! ¡Dios mio, cuánto padezco! exclamó en este momento la jóven Loo. ¡Mi santa madre, rogad por mí!

Donnor de Ardagh, que estaba solo en

su casilla, se estremeció dolorosamente al oír la voz de su hija, y se aproximó involuntariamente. Snail por su parte también se había levantado teniendo en la mano un vaso lleno de gin.

—Abre la boca, hermana Loo, la dijo.

—La muchacha obedeció, y Snail la hizo apurar el gin hasta la última gota.

Loo movió un instante sus ojos hinchados súbitamente, y se levantó sobre los pies como si hubiera recibido un choque galbánico.

—¡Mas bebida aun! ¡mas bebida! gritó con voz tomada.

Y remontándose al cerebro la ebriedad con violencia se puso á valsear cantando como siempre su monótona letrilla. Daba compasion. La infortunada jóven perdía el aliento con este esfuerzo insensato. Donnor de Ardagh, puesto en pie y apoyado contra el maderage de su casilla, la miraba con lágrimas en los ojos.

—Buenos dias, Daddy, dijo Snail que le percibió de lejos. Madge, salud al padre de vuestro marido.

El capitan Paddy asomó la cabeza y su

largo cuello fuera del departamento reservado.

—¿Alguno de vosotros, abyecta especie, mis buenos muchachos, preguntó él, puede decirme si es verdad que han desaparecido del meson del *Rey Jorge* Mr. y mis-triss Gruff?

—¡Yo, capitan, Satanás y sus cuernos! yo, respondió Snail, puedo deciros eso y otras muchas cosas ¡pardiez!... Escuchad vosotros tambien; es una historia.... Era aquella famosa, y al salir yo del Purgatorio, donde habia metido á los soldados en el pozo, dije para mí: Snail, un caballero como vos debe estar muy especialmente marcado por la policia.... Este era mi juicio ¡qué diablo!... Dejé que mi hermana Loo se fuese sola á casa, y yo tomé por la orilla del agua para ir con toda seguridad á la posada del *Rey Jorge* donde queria ocultarme.... Hé aquí que al llegar al puente de Blackfriars.... es cosa graciosa, lo vais á ver.... distinguí un diablo de loco que estaba mirando el agua sobre el parapeto cantando una antigua balada escocesa.... Me acerqué á él.... Me oyó,

y se lanzó sobre mí como un furioso.

—Mira, me dijo él, mira... ¿les ves?... Vé allí á Gruff y su muger.... mira á Clary.... Clary y Ana.... Hélas allí.... Sí, sí, hélas allí! hé allí mi hermano Fergus.

Y me enseñaba el Támesis donde no habia nada absolutamente.... ¿No es esto una cosa graciosa?

—¿Y despues, bandido en ciernes, y despues? dijo el capitan.

—¿Despues?.... ¡por cierto que si no fuera yo un hombre me hubiera dado miedo! repuso Snail; pero gracias á Dios no conozco muchos caballeros que sean tan valientes como yo.... ¿Despues?... ¡Diablo! si no se puso á llorar como una fuente.

¡Muertos!... ¡todos están muertos! decia él; ¡yo les maté á todos!

Y cuando yo menos lo pensaba me dejó y se lanzó al Támesis. Yo sé nadar bien, pero hacia frio, y además de eso no era mas que un loco. Miré y le vi salir de la sombra del puente y flotar como si no hubiese podido meterse bajo el agua, porque no nadaba.... Al cabo de algunos segundos llegó de nuevo su voz á mis oidos.... él

cantaba.... ¡esperad! una cosa graciosa.

Como de Mayo las rosas
 Vivian en Glen-Girvan
 Dos doncellas candorosas,
 Hijas puras y amorosas
 Del laird de Killarwan.

Y otras coplillas de que no me acuerdo.... Cantó largo rato... en seguida calló su voz, y no volví á ver nada sobre el agua.

—¿Pero Gruff, nieto de Satanás?

—Paciencia, capitan, ¡rayo del cielo!... Cuando el loco se hubo ahogado yo continué mi camino hácia la posada del *Rey Jorge*. La puerta estaba abierta... En el cuarto bajo no habia nadie.... Arriba... ¡á fe mia! el loco puede que dijese bien: puede que viese en el Támesis los cuerpos de Gruff y de su muger, porque arriba habia sangre y nada mas.

—Así se pierden en el agua, murmuró Bob, ¡mas de cien libras de géneros al año!

—De suerte que, ¡cuernos de Belzebú! dijo el capitan, Gruff y su muger han

muerto.... Pues eran buenos compañeros, no obstante que bien se puede afirmar que el orbe entero no encerraba malvados mas perversos....

En este momento se sintió el ruido de un cuerpo que cayó sobre el pavimento del café. Y todos se volvieron hácia Loo de quien se habian olvidado.

Estaba ella tendida sobre el suelo bañada de sudor.

— ¡Yo me abraso!.... ¡yo me abraso! murmuraba ella, quitadme.... ¡oh! ¡por piedad! ¡quitadme el fuego que tengo dentro!

Y apretaba con ambas manos su descarnado pecho.

Donnor de Ardagh se habia acercado á ella y puéstose de rodillas.

— No será nada, Daddy, dijo Snail.

— ¡El Daddy! pronunció débilmente Loo; ¡gracias á Dios que me ha concedido ver á mi padre en esta hora!... ¡Oh! ¡Daddy.... yo os suplico.... apagadme este fuego.... este fuego que tengo dentro!

— Bebed, hermana Loo, repuso el intrépido Snail, que eso no será nada.

La muchacha meneó la cabeza y rechazó el vaso de gin con inesplicable admiración de Templanza, que hizo un gesto involuntario para apoderarse de él.

—Daddy, murmuró él; mucho me alegro de veros.... ¿Qué me mandais que diga á mi madre de vuestra parte?... Porque voy á ver á mi buena madre....

—¡Oh! el fuego se ha apagado ya.... ya no padezco.

Y cerró los ojos. Sus facciones estropeadas y macilentas dibujaban una dulce sonrisa como la de un niño que se duerme.

—Ya pasó esto, dijo Snail.

Donnor, que seguía puesto de rodillas, se inclinó sobre la frente de Loo, que estaba ya inmóvil, y la dió un beso llorando. Después juntó las manos como si fuera á orar, y en seguida tendió sobre Loo su hopalanda de tela.

—¿Por qué haceis eso, Daddy? preguntó Snail.

—Porque está muerta, hijo, respondió Donnor.

Al mismo tiempo tomó en sus brazos el cuerpo de Loo, y salió á pasos precipitados.

Un momento de lúgubre silencio se hizo en el café.

— Ved, Templanza, murmuró Bob; ahí teneis una leccion terrible.

— Sí, sí, mi gentil muchacho, respondió la muger, que ya contaba algunos abriles, y ved, del mismo modo moriré yo si no me dais seis pence para gin.

— Esposa Madge, dijo Snail, procurando no llorar, yo soy un caballero y no quisiera portarme como un niño.... pero me parece que será permitido espresar uno su sentimiento por la muerte de una hermana.... ¡Mi pobre Loo! ¡mi pobre Loo!.. Yo no lloro, Madge.

Snail se volvió de pronto hácia la pared, porque una lágrima humedecía sus ojos y le daba vergüenza de esto.

El silencio que reinaba en el café no habia sido interrumpido hasta que se oyó fuera un largo y ruidoso murmullo.

Todos los miembros de la familia se levantaron con un movimiento general, y se dirigieron á la puerta.

— ¡El veredicto! decian: ¡el veredicto!

— El veredicto, repitió Tom Turnbull

que entró en este momento, y dió tan fuerte patada á la puerta para abrirla, que faltó poco hacerla pedazos.

—¿Y cuál ha sido el veredicto, Tom, mi camarada? preguntó Paddy O-Chrane, olvidándose de blasfemar con su curiosidad.

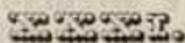
Las otras gentes de la familia en lugar de salirse rodearon á Tom Turnbull.

Este se sentó sobre un banco y permaneció un instante silencioso. Su rudo y grosero semblante espresaba una profunda emociion combatida por los hábitos de un carácter indolente y cínico.

—Yo no le conocí hasta ayer, pero si á costa de mi pellejo pudiera salvarle, lo daria.

—¿Ha sido condenado?... tartamudeó el capitan, que fue la primera vez que se conmovió despues de algunos años.

—¡A muerte! respondió Turnbull.



El derrumbadero.

FERGUS O-Breane, súbdito inglés, que se decía D. José María Tellez de Alarcon, marqués de Rio-Santo, grande de Portugal, etc., habia sido declarado culpable de asesinato en la persona de Mr. James Mac-Nab esq., abogado en los tribunales de justicia de Glasgow, y culpable asimismo de asociacion ilícita y de complicidad en una tentativa de robo del banco.

En cuanto al crimen de alta traicion el fiscal de la corona habia declarado antes que desistia de esta acusacion de órden superior.

Los estados no quieren que aparezca que se conspira contra ellos.

Fergus O-Breane habia declarado que aceptaba el fallo del jurado, confesando asimismo haber cometido los actos que motivaban el veredicto y no arrepentirse de haberlo hecho.

Se fijó un breve plazo para que fuese egecutado públicamente con el suplicio de horca delante de Newgate, y todo Londres se prometia asistir á esta funcion elegante.

Pero Fergus O-Breane, además de otras aserciones que fueron juzgadas como atrevidas, temerarias y subversivas por todos los que llevaban peluca, en los tres reinos habia declarado en voz alta é inteligible en el recinto mismo de Old-Bailey delante de los jueces, fiscales, escribanos, abogados, etc., asombrados de tanta audacia, que jamás seria ahorcado.

Bien que esto se consideró como una

pura fanfarronada, y los nobles salones de **West-End** se preparaban á dar una última prueba de simpatía al **LEON**, al rey de la moda, al astro luminoso de tantas noches de fiesta, viniendo en masa con guantes puestos de fresco acicalados y compuestos saliendo acaso del baile á verle colgar.

Serian como las diez de la noche. Y esto pasaba á los dos dias de la condenacion del marqués de **Rio-Santo**. **Ana** y **Clary Mac-Farlane** estaban las dos acostadas, y ambas inmóviles. Pero al paso que **Ana** dormia profundamente, el ojo de **Clary** se vió abrirse espacioso, espresando un brillo febril, y fijarse con inquietud sobre el lecho de su hermaua como para comprobar su sueño.

Despues del primer momento de alegría causado por el inesperado regreso de las dos hermanas, todo habia vuelto á quedar bien triste en la casa de **mistriss Mac-Nab**, porque no se habia tardado mucho en conocer que **Ana** y **Clary**, aunque diferentemente afectadas, las dos estaban heridas. **Ana**, antes muchacha amable y sencilla, tenia ahora un secreto, y **mistriss Mac-**

Nab sorprendia en ocasiones en sus lindos ojos, tan habituados otras veces á la sonrisa, algunos indicios y trazas de lágrimas. Por lo que hace á Clary, su espíritu y su corazon parecia que estaban heridos tambien de un golpe funesto. La pobre muchacha padecia un mal silencioso y desconocido, y sus facultades mentales no querian tranquilizarse. Stephen no la escaseaba ningun género de cuidados; Ana trataba de sonreirse para alegrar aquella profunda tristeza. Pero era en vano. El choque habia sido demasiado violento, y eran necesarias algunas semanas, y aun meses para traer un remedio á esta enfermedad de alma y de cuerpo.

Y Clary no podia ser feliz porque amaba ardientemente y sin regla á un ausente, á un desconocido, á un hombre que no debia ver mas.

Por el día pasaba las horas olvidadas sentada detrás de las cortinas del balcon mirando sin cesar á las ventanas de la casa cuadrada, acechando el menor movimiento de las colgaduras, una señal que la anunciase la presencia de Edward.

Pero nada veia, y cuando Stephen ó mistriss Mac-Nab venian á buscarla para sustraerla á las tristes fantasías de la soledad, ella les seguia silenciosa, obediente y melancólica.

Dejaba la ventana como cuando se deja un amigo á quien se aprecia, porque con su dulce presencia ahoga la pena ya que no se consuele. La dejaba para volver bien pronto y seguir acechando.

En una ocasion mistriss Mac-Nab subió la escalera mas pronto de lo acostumbrado, y la dijo con aquella alegría que saben tomar las madres con sus hijos que sufren.

— Venid, Clary, venid hija mia, que os voy á enseñar el retrato del famoso marqués de Rio-Santo.

Mistriss Mac-Nab no sabia nada de las sospechas que habia concebido Stephen del marqués respecto al robo de las dos chicas. Habia comprado á la puerta una de aquellas litografías mas ó menos parecidas que se venden en Lóndres por miles de egemplares antes y despues de un célebre proceso, y esto lo habia hecho con objeto de distraer á Clary.

Clary la siguió como de costumbre, y bajó á la sala donde Ana, en pie delante de la litografía desplegada, admiraba aquellas nobles facciones, cuya magnífica armonía no habia podido destruir enteramente el lápiz poco diestro de un ínfimo artista.

A primera vista Clary reconoció á Edward. Su corazón se hinchó de alegría; pero ella hizo un esfuerzo para encerrar dentro de sí misma su emoción, y no cambió de semblante.

—Mirad Clary, dijo mistriss Mac-Nab: este caballero ha querido matar al rey, á los ministros y á todo el parlamento.... El reverendo Josuah Butler que sabe todas estas cosas me lo ha dicho ayer mismo.... ¿No es verdad que tiene trazas de un gran malvado, hija mia?

Clary no respondió, y su hermana dijo entre dientes: Es muy bello; ¡no creía que pudiese haber un hombre tan hermoso como todo eso! Clary se sonrió, le apretó suavemente la mano, y sintiendo luego un calofrío, pronunció en voz muy baja: ¿No sentencian á muerte á los que quieren matar al rey?

— Sí, sí, buena muchacha, respondió mistriss Mac-Nab, sin duda los sentencian á muerte.... Hoy mismo van á juzgar á ese tunante....

— ¿En dónde se juzga? preguntó Clary.

Como desde mucho tiempo Clary no habia pronunciado tantas palabras, Ana y mistriss Mac-Nab se miraron recíprocamente mostrando su esperanza.

— Juzgan en Old-Bailey, querida hija, le respondió su tia.

Clary se pasó un dedo por la frente, y despues de un corto silencio, dijo: Ya sé dónde está Old-Bailey. Y cuando han juzgado, ¿dónde ponen á los que van á morir?

— En la cárcel de Newgate, amor mio.

— Ya sé dónde está Newgate, repuso tambien Clary; y dirigiéndose á su tia á quien antes daba el nombre de madre, añadió: ¿Quereis darme ese retrato, señora?

— Este retrato y cuanto quieras, hija mia.

Clary se apoderó inmediatamente de la litografía, y se fue corriendo á su habitacion. Aquel dia y el siguiente pareció menos triste, y mas de una vez se la vió sonreir.

— ¡La salvaremos! decia mistriss Mac-Nab.

— ¡Dios os oiga, madre mia, respondia Ana.

La tarde de que hablamos, es decir, dos dias despues de la condena del marqués, Clary habia pasado la mayor parte del dia en su ventana, aprovechando todos los instantes en que la ternura de Ana no espiaba sus movimientos, para contemplar el retrato del marqués. Cuando le miraba, habia en ella como un flujo de vida. En sus bellos ojos se veia aquel fuego encubierto, aquel ardor púdico en que, por la primera vez, vió Stephen en la iglesia del Temple reflejar el misterioso amor, que ignorado de todo el mundo y cuidadosamente sepultado en el corazon de la vírgen, fue sin embargo una de las causas mas eficaces de los sucesos de esta narracion. Se enderezaba su talle con todo el donaire de otro tiempo; y volvía á ser la graciosa y vivarachá jóven, llena de fuerza y vigor, á quien vimos cantar salmos y rogar á Dios en el coro de Temple-Church, pero distraida ya por el pensamiento de Edward.

Al anocheecer Clary se puso pensativa y adelantó mucho la hora acostumbrada de acostarse, suplicando á su hermana que hiciese como ella; y Ana, dispuesta siempre á seguir la menor voluntad de la enferma, se acostó hácia las nueve. A las diez ya dormía. Clary reprimía su aliento y procuraba guardar una inmovilidad completa; mas no dormía, sino que tenía los ojos abiertos, como ya la hemos visto, espionando el sueño de Ana.

Pasados algunos minutos con un movimiento casi imperceptible levantó la cubierta y salió de la cama poquito á poco. Ya estaba enteramente vestida.

Ana no se despertó. Clary se puso los zapatos en la mano para caminar sin hacer ruido: abrió la puerta y bajó la escalera, sin haberse acordado de abrazar á su hermana. En su corazón y en su cabeza había un velo espeso y pesado, al través del cual solo podía penetrar el amor.

Al llegar al cuarto bajo, la vieja Betty no se había acostado y se ocupaba en alguna faena doméstica, por cuyo motivo Clary se deslizó á la sala de recibo y se ocultó

allá aguardando con paciencia que Betty se fuese á la cama, y cuando juzgó que la buena vieja debia de estar dormida, tomó la llave de la puerta de la calle, la abrió y á las once y media de la noche se encontró sola en la acera desierta de Cornbill.

— ¡Bien sé dónde está Newgate! se dijo; yo lo sabia en otro tiempo. Procuró orientarse y permaneció un instante indecisa en el mismo umbral de la casa de su tia. Arrastrada luego repentinamente por algun incierto resplandor que atravesó su turbada inteligencia, tomó una carrera y desapareció en el ángulo de Poultry.

En aquella misma hora el honrado, minucioso é incorruptible llavero, Noll Byre, acababa de visitar en persona el calabozo en que el marqués de Rio-Santo aguardaba la egecucion de su sentencia, echado sobre la paja.

Se da por supuesto que respecto al noble prisionero se tomaban precauciones tanto mas multiplicadas en cuanto él habia manifestado en pleno pretorio la intencion de evitar el cadalso. Y el cadalso no se evita sino por el suicidio ó la evasion,

cuando se ha pasado el umbral de ese lúgubre calabozo llamado «el cuarto de la espera.»

La autoridad, que temia las dos cosas dichas, habia puesto en el mismo calabozo en que Rio-Santo estaba con grillos, un hombre seguro y vigoroso, presentado por el propio intendente de la policia metropolitana, S. Boyne.

Aquí es á propósito decir que la mucha precaucion nunca daña.

El hombre seguro y vigoroso, abonado por S. Boyne, era el escocés Randal Grahame, elegido por la *Familia* para procurar en el interior de Newgate una tentativa de evasion, que en el exterior favorecerian los lores de la Noche, teniendo á su frente S. Boyne. Pero los que conocen á Newgate saben que una evasion del *cuarto de espera* presenta enormes dificultades.

— ¿Estais dispuesto? milord, dijo Randal cuando cesaron de oirse los pesados pies del viejo Noll Byre.

— Estoy dispuesto, respondió Rio-Santo poniéndose en pie sobre su yacija de paja.

Randal se acercó á la ventana que daba

á la calle de Newgate, y al través de las macizas barras de hierro echó una media corona, que al caer en el empedrado hizo un sonido argentino. Al instante se oyó un agudo maullo del ángulo de la calle de Gilstpur.

—Aquí están, dijo Grahame. Vamos, ¡O-Breane! llegó el momento de separarnos.... Escuchad.... Es cierto que no hubiera hecho por mi padre lo que voy á hacer por vos.... Si no me volveis á ver mas, pensad al menos algunas vez en el pobre Randal, ¡O-Breane!

—Me acordaré como de un amigo querido y afectuoso, respondió el marqués con emocion; ¿pero por qué hablais así, Grahame? Sin duda volveremos á vernos.

Randal meneó la cabeza, y dijo: Conozco el *derrumbadero*; y tanto valdria arrojarle á la calle desde la torre de Saint-Dunstan.... Pero teneis razon, Fergus, repuso el escocés afectando una repentina alegría; al cabo podemos levantar el cuello, pues Jack Shepar (1) se recuperó.

1 Jack Shepar uno de los héroes mas famo-

— No he visto jamás eso que llamais *derrumbadero*, murmuró Rio-Santo; ¿hay efectivamente peligro de muerte?

— Sí y no, O-Breane: sí y no.... teniendo alas podría uno salir bien librado... Es una escalera perpendicular de sesenta escalones, y al pie de ella se levanta la pared de piedra de una casa.... Se descoronaría uno si tuviese que aventurarse de día, pero es de noche... ¡Vamos, Fergus! ¡Manos á la obra!

— ¿Mas quién os precisa á tomar ese peligroso camino? replicó otra vez O-Breane.

— A fe mia, contestó el escocés, debeis pensar, milord, que no lo tomo por elec-

tos en los fastos de Newgate. En una parte de la cárcel que dá á Old-Bailey, se ven todavía los enormes grillos que servían á ese bandido, y son unos grillos que parecen forjados por un gigante. Jack Shepar se escapó de Newgate la víspera del día fijado para su ejecución, y montado en un jaco salvó á galope tendido el *derrumbadero* del patio del Arbol-Verde, cuya descripción daremos luego. Jack Shepar no se hizo daño, pero los cinco agentes de policía que le persiguieron se rompieron los cascos.

cion.... **H**abéis de saber que para los esbirros es **V**uestra Señoría como las niñas de los ojos, y están apostados en todas las avenidas. Los hay en **L**udgate-Hill, en **F**leet-Lane y al cabo de **C**heapside.... Un punto solo nos queda abierto, que es la calle de **S**kinner y el patio del **A**rbol-Verde, que están guardados por agentes de policía que son de la confianza de **S**. **B**oyne. Mas estando en **G**reen-Arbour-Court, es preciso salir de allá.

Rio-Santo puso la frente entre sus manos y reflexionó durante algunos segundos, despues de los cuales se levantó, dejando en la paja sus grillos limados de antemano, y estrechó la mano de **R**andal, diciendo: ¡**G**racias! **P**or mí no aceptaria vuestro sacrificio, pero yo he provocado el combate, y mi derrota acabaria de hundir á mis hermanos en el abismo donde padecen....

— ¡**M**anos á la obra! repitió **R**andal; en cuanto á mí os diré que me burlo de vuestros irlandeses como del **S**hab de **P**ersia, y si doy mi sangre por alguno es por vos únicamente, **O**-**B**reane! **D**esabrochó rápi-

damente su casaca y sacó una cuerda de seda arrollada al rededor de su cintura. Hecho esto arrancó sin gran esfuerzo dos barras de hierro de la ventana, las cuales él mismo habia limado al anochecer. Pasada una de aquellas barras al través de las que quedaban, sirvió para fijar sólidamente la cuerda.

Todas esas diversas medidas las tomó Randal con toda calma y exactitud, de la misma manera que habia hablado del Arbol-Verde y del derrumbadero sin énfasis, y tambien de la misma manera con que habia espresado su intencion de morir por Rio-Santo en tono sencillo, desprovisto de entusiasmo y de exaltacion.

Sin embargo, á menos que nos remontemos al golfo de Quinto Curcio ó al salto de Leucadia, no ha habido jamás un hombre que con meditacion y conocimiento de causa haya arrostrado una muerte mas cierta; pues el derrumbadero presenta un tramo espantoso á la vista; y solo puede bajarse con lentitud y tomando precauciones que no pueden prevenir los accidentes que fácilmente pueden multiplicarse todos

los dias. Randal pretendia pues bajar esa escalera á caballo, en una noche oscura; y como él habia dicho, al pie de la escalera se levantaba y se eleva hoy dia una pared de piedras, que parece colocada allá á fin de desvanecer hasta la menor posibilidad de probar con resultado la empresa meditada por Randal.

Su objeto era abrir paso al marqués de Rio Santo, alejar la gente apostada que vigilaba en los alrededores de Newgate, atrayéndolas á correr tras sí. Para obrar pues eficazmente en ese sentido, era indispensable conducir la caza lo mas lejos posible, y el patio del Arbol-Verde está muy cerca de la cárcel.

Tal vez esperaba Randal *levantar el cuello*, para valernos de su espresion; pero debemos decir que no se engañaba y que la pérdida del tiempo que los agentes de policia emplearian en reconocer su cuerpo, dado caso que muriese al pie del derrumbadero, entraba positivamente en cuenta del cálculo formado, en cuanto á las probabilidades de la evasion del marqués. Puede hallarse un afecto mas ardiente, mas

encomiado que el suyo; pero no mas decidido ni mas meditado.

Cuando la cuerda de seda estava atada sólidamente, Randal se volvió al marqués, le alargó la mano y le dijo: Hasta mas ver; aprovechad el momento y acordaos de mí. Dicho esto se deslizó prontamente por entre las barras de hierro, y en un abrir y cerrar de ojos estuvo en tierra. El centinela de la puerta del Débito oyó el ruido de la caída y gritó: ¿Quién vive? Mas Randal en lugar de responder tomó su carrera hácia la calle de Giltspur, en cuyo ángulo le esperaba un caballo, que Randal montó.

— ¡Alerta! gritó el centinela: ¡El reo se escapa!

Fue mágico el efecto de este grito, pues pareció que instantáneamente se trasformaban en hombres de policía las piedras de las casas vecinas. Randal torció por la calle de Skinner haciendo andar á su caballo lo que solamente era necesario para no ser alcanzado, sin dejarle tomar el galope. El agente de policía apostado á la entrada de Green-Arbour-Court representó una

escena semejante á la que representaron Paddy O-Chrane y sus compañeros en el entrepuente del *Cumberland* cuando se evadieron los convictos en la rada de Weymouth. Al acercarse Randal el agente de policía se dejó caer en tierra gritando misericordia, como si hubiese recibido un choque violento. Pasó pues Randal perseguido de cerca por todos los celadores escalonados al rededor de Nowgate. Llegado al medio del patio apretó los ijares del caballo; y á la luz del único farol colgado á lo último del pasage, se le vió partir como una bala y desaparecer á lo alto del derrumbadero.

Se pararon entonces los agentes de policía, y oyeron como los cascós del caballo daban contra los primeros escalones de la escalera. Luego oyóse un ruido sordo, en seguida el movimiento de un cuerpo que iba rodando, lanzado con violencia por un escabroso tramo. Por fin áquello fue un ruido sufocado, pesado, seguido de un silencio mortal.

Los hombres de policía se estremecieron de horror, y despues de un momento de

vacilar descolgaron el farol del patio y empezaron á bajar la escalera con precaucion. Desde los primeros escalones encontraron manchas de sangre. Al pie del derrumbadero, en la callejuela estrecha y sin nombre que vuelve á bajar á la calle, encontraron una masa ensangrentada é informe. El caballo habia sido destrozado materialmente. Así que allí solo habia los trozos del caballo, y por mas que buscaron los encargados de policia no pudieron hallar nada parecido á un cadáver humano, ni siquiera un harapo de vestido.

Viéndose engañados se miraron unos á otros, y luego registraron los callejones del rededor, debajo del derrumbadero. No se cuidaron de reconocer el patio del Arbol-Verde, porque efectivamente era poco probable que el prisionero, despues de su caída, hubiese vuelto á subir los sesenta escalones del derrumbadero.

Mientras que esto sucedia la calle de Newgate estaba desierta enteramente, y en Old-Bailey solo habia el centinela de la puerta del Débito. Cuando decimos desierta entendemos hablar con relacion á los

agentes de policía; pues en los alrededores de la cárcel habia muchas personas á quienes no alejó la fuga de Randal. Y eran los hombres de la *Familia* ocultos en la calle de Giltspur, y el caballero Angelo-Bembo, que tenia por la brida un lijero y brioso corcel.

Habia tambien una jóven vestida de negro que parmanecia inmóvil en el ángulo de la calle de Skinner. En el momento en que Randal habia metido piernas al caballo, aquella jóven acababa de llegar por Ludgate-Hill y Old-Bailey; y habiendo examinado el rostro del fugitivo á la luz de los faroles, habia dicho en voz baja: ¡No es él! Sus ojos descarriados se habian paseado á lo largo de las paredes de Newgate, diciendo: Bien sabia que daria con Newgate; ¿pero como podré llegar hasta él?... ¡Cuán tristes son estas piedras!... ¡Qué frio debe de hacer detrás de estas grandes paredes!..

Al decir esto la jóven, que era Clary, estaba tiritando, y cuanto pudo se ajustó al cuerpo su manteleta y se dejó caer el velo sobre el rostro.

En aquel mismo instante el señor mar-

qués de Rio-Santo, siguiendo el mismo camino que Randal Grahame se descolgaba por la cuerda de seda y sin accidente llegaba al suelo; y sin detenerse se deslizó hácia la calle de Giltspur.

— ¡Ahí estamos, signore! dijo una voz desde lo hondo de una puerta.

Bembo desató apresuradamente la brida del caballo y la alargó á Rio-Santo.

— ¿Quién vive? gritó el centinela de Old-Bailey.

— ¡A montar, milord, á montar! dijo Bembo.

Rio-Santo le abrió los brazos y el jóven italiano se echó en ellos enternecido.

— ¿Quién vive? repitió el centinela.

Rio-Santo montó á caballo y al paso torció por el ángulo de la calle de Giltspur.

Clary levantó su velo, le reconoció y sin decir una palabra se disparó hácia él asiéndole por los pliegues de su capa. Como el ángulo de la calle interceptaba la luz del gas, el marqués inclinó la vista sobre aquella muger vestida de negro, creyó reconocer á la condesa y dijo en voz baja: ¿Sois vos, Ophelia?

— Soy yo, respondió débilmente Clary.

— ¿Queréis despediros de mí?...

— Quiero ir adonde vais.... Quiero seguir siempre.... ¡siempre!

Rio-Santo se bajó y luego se enderezó rodeando con su brazo el flexible talle de Clary.... Despues, en el momento en que el centinela gritaba el último quién vive, el marqués espoleó su caballo, que saltó bajo la doble carga y partió como una saeta.



La voz de los ensueños.

EL caballo del marqués de Rio-Santo iba volando. El viage se hacia en silencio; pero Clary se tenia por feliz precisada á estrechase con Edward. Era esto la realizacion del hermoso sueño que habia tenido durante su cautiverio en casa del doctor Moore. Respiraba con placer el aire de la noche, que daba contra su abrasada frente, y miraba como las masas sombrías de los edificios y las brillantes líneas que

el gas trazara, huian por todas partes á manera de hadas quiméricas. ¿Adónde iba? ¡ Ah! poco le importaba esto; y aunque Edward la debiese conducir adonde el fantasma de Burger condujo á la pobre Eleonor, Clary no hubiera cesado de sonreirse.

Pronto perdieron de vista las casas de Lóndres; y á la primera poblacion, situada en la carretera de Escocia, el marqués puso pie á tierra para subir con Clary á una silla de posta, que los cuidados de Bembo habian preparado.

Aquel viage fue muy estraño; si bien el marqués de Rio-Santo no habia tardado en advertir su equivocacion é igualmente el estado de su hermosa compañera. Algunas palabras de Clary le ilustraron, y al mismo tiempo supo su nombre y su calidad de hermana de Ana, la hechicera demandadera de Temple-Church. Sin conocer el marqués á la mas jóven de las hijas del laird, habia sentido por ella uno de esos fogosos y pasajeros amores, que en él tenian la duracion de un capricho y la fuerza de una pasion; pero desde que supo la cu-

na de Ana, cambió su ternura, dividiéndose igualmente entre las dos hermanas. Habia perdonado á Angus, cuyo débil espíritu le era conocido; y las hijas del laird eran ya las suyas.

Durante todo el viage trató á miss Mac-Farlane como un padre hubiera tratado á su hija querida. Pero por el efecto involuntario de la impresion viva y profunda producida en él poco tiempo habia por la vista de Ana, en la conversacion truncada y estraña que tuvo el marqués con Clary, pronunció muchas veces el nombre de su jóven hermana; y este nombre caia cada vez como un peso en el corazon de Clary. Tenia pues entonces los mismos celos que en su sueño, y la dicha completa que experimentaba por la presencia de Edward, se cambiaba en amarga angustia.

Rio-Santo se dirigia á Santa María de Crewe, donde debian reunírsele Waterfield, Smith, Falkstone, Bembo, y tambien Randal si habia quedado con vida. A pesar del tierno interés que le inspiraba Clary Mac-Farlane, esta criatura tan bella y tan desgraciada, cuya locura era

amarle; Rio-Santo ocupaba frecuentemente su imaginacion, como se deja pensar, en los graves intereses que traía entre manos. Infatigable y no vencido, por no haber podido vencerse á él mismo, combinaba nuevos planes de batalla, y sobre nuevas esperanzas empezaba de nuevo esa larga é implacable guerra que habia declarado á la Inglaterra. En una palabra, su plan subsistia; pues la derrota que acababa de sufrir retardaba sus golpes, pero no los detenía.

Dejando aparte su voluntad firme y su genio, tenia siempre en su poder recursos, que habia acumulado por espacio de quince años. El hecho solo de haber recobrado su libertad, le volvía á poner temible y robusto como antes en presencia de su enemigo, admirado aun de su atrevido ataque.

Sin embargo no dejaba de conocer que en una guerra semejante, no haber vencido al primer golpe es una condicion fatal cuyos resultados era preciso evitar; y no contaba embestir otra vez de pronto á un adversario poderoso y prevenido.

Es propio de los hombres valerosos sa-

ber esperar, y Rio-Santo habia dado pruebas de serlo en haber esperado veinte años.

Y en estos veinte años habia calculado el ataque de tal manera, que á no haber sido la traicion de su mejor amigo, ninguno podria decir qué porcion de las instituciones ni qué partícula de la Inglaterra hubiese resistido á la esplosion.

Pero la mina no estaba todavía cegada, permanecia aun cargada, y debia llegar el dia en que se la pudiese poner fuego.

Mientras que el marqués daba vueltas dentro de sí á estas ideas, Clary le miraba con admiracion, y sin hacer el menor movimiento se sumergía con placer en su éxtasis delicioso.

Por fin pasaron las fronteras de Escocia y allí cesaron las postas preparadas por la *Familia*. Por esta razon el marqués se vió precisado á montar á caballo otra vez, y poner á Clary á la grupa.

Empezaba el mes de Marzo y era uno de aquellos dias en que la primavera y el invierno se disputan la atmósfera inconstante. El sol habia impregnado el aire de un calor suave y agradable, á cuya accion

los árboles habian abierto sus botones antes de tiempo y encrespádose los humildes copos del césped de esta preciosa parte de la tierra.

La noche iba en descenso precedida de una brisa suave que desarrollaba en el cielo las borrascosas ondas de pardas nubes, espesas y veleidosas. Clary, cuyo sistema nervioso no habia aun recobrado su estado normal, padecia los enérgicos efectos de aquella temperatura irregular. Al principio habia experimentado una escitacion general, un soplo de vida y de bienestar se habia introducido en sus venas; mas despues siguió la reaccion, y su fina y delicada talla se habia encorbado bajo el peso de un mal-estar invencible.

En un momento Rio-Santo sintió que los brazos que ceñian su cuerpo aflojaban en vigor, y volviéndose sobre la silla vió á Clary pálida como una estatua de mármel, y con los ojos cerrados.

Apenas quedaba una milla para llegar al castillo de Crew, y con todo, el marqués detuvo el caballo, y apeándose, colocó á Clary á orillas del camino. El suelo esta-

ba muy frio. El marqués tendió su capa sobre la yerba, y quitando la silla al caballo la colocó de modo que sirviese de almohada á Clary, despues de haber tomado la precaucion de sacar las pistolas de las fundas y ponerlas sobre el césped.

Clary al principio permaneció inmóvil, mas despues abrió los ojos y dirigió en derredor suyo miradas de placer.

Reconocía la Escocia, y aquellos lugares que tantas veces habia visitado le recordaban su infancia, pero tambien le traian otro recuerdo.... el sueño, el sueño doloroso en que habia visto á Edward entre ella y su hermana.

—Hoy no está ella allí, murmuró la jóven con un gozo inquieto. Decid, Edward.... ¿no debe venir; no es así?

Rio-Santo comprendia que la pobre muchacha era presa de los primeros ataques de un enagenamiento, pero no podia saber de lo que queria hablar.

—Estamos los dos solos, respondió él, y muy cerca de la casa de vuestro padre, Clary.

—¡Mi padre! repitió miss Mac-Farla-

ne, sí, sí, Edward.... La granja de Leed está del otro lado de la montaña.... Allí seremos bien felices....

Al llegar aquí se detuvo y prosiguió bajando la cabeza.

— ¡Si no viene mi hermana como la otra vez!

Y volvió á guardar silencio durante algunos segundos, apoyando su rostro ardiente sobre la mano que la alargaba el marqués.

— ¡La otra vez! prosiguió ella. ¡Oh! ¡si vieseis cuánto he sufrido, Edward!... Yo habia sido feliz todo el dia, como hoy, feliz de veros y oir vuestra voz, feliz de apoyarme sobre vos.... ¿Qué sé yo?.... Y la noche se acercaba como ahora.... ¡Ah! sí.... ¡esto es!... Aquí estábamos me parece.... Vos en el sitio en que estais.... y yo en este mismo.... ¡Dios mio, Dios mio! ¿va á venir ella aun?

— No, hija mia, respondió Rio-Santo á todo evento, os prometo que no vendrá.

— Gracias, gracias, murmuró Clary. ¿Podria ella amar tanto como yo?...

Esta última palabra espiró en su gar-

ganta y fue seguida de un grito lastimero. Todo su cuerpo se estremeció violentamente, y sus ojos se abrieron dilatados por un súbito é inesplicable espanto.

— ¡Piedad! ¡Piedad! dijo con tono breve y cortado: ¡Héla ahí.... piedad!... no os pongais á sus pies como la otra vez... No me desechéis así.... ¡Edward! ¡Oh! ¡qué cruel sois en olvidarme y en amarla á ella!

— ¡Clary!... mi querida Clary, decia el marqués tratando de calmarla; pero la jóven, dominada cada vez mas por su delirante trasporte, jadeaba, se agitaba, sollozaba. Y el marqués apenas podia contener sus esfuerzos convulsivos.

— ¿ Vos me desechais? repuso ella con una voz llena de lágrimas que desgarraban el corazon. Vos la acariciáis.... la estrechais contra el corazon.... ¡Ah!!! cuidado!... Que aquí.... aquí es donde Blanca quitó la vida á Bertrand de Jedburgh.... por un beso.

Juntó las manos con angustia y prosiguió: Por un beso.... ¡Ah!... ¡vos tambien!.. ¡Vuestros labios tocan á los suyos!!!

Un destello de furor desordenado centelleó en su vista: se echó repentinamente hácia atrás y su mano encontró por casualidad el cañon frio de una de las pistolas.... Su gesto fue rápido como el pensamiento. Oyóse un tiro en el silencio de la campiña solitaria; y el señor marqués de Rio-Santo cayó herido por una bala en medio del pecho.

Clary, la pobre insensata, prorumpió en un grito de terror y huyó.

Se habia cumplido la profecía del laird, y la voz de los ensueños habia dicho verdad: insiguendo el énfasis del lenguaje bíblico, tan usado entre los escoceses, era *la sangre de sus venas y la carne de su carne* la que daba la muerte á su hermano Fergus.

El horizonte aun no estaba enteramente cerrado. El marqués de Rio-Santo inmóvil y con el rostro vuelto hácia el cielo, no despedia una queja; mas en los últimos é inciertos resplandores del crepúsculo, en sus nobles facciones se hubiera podido leer la espresion de un dolor amargo é imponderable; pues se sentia morir y moria vencido.

El solo hombre á quien amó de veras le habia hecho traicion ; y le daba la muerte la muger que mas habia respetado.

Ser castigado no por sus culpas sino por el bien que se ha hecho , ¿no es un castigo sin nombre?...

El velo de la noche , poniéndose cada vez mas espeso no dejó distinguir aquel cadáver que se confundia con el sombrío verdor de la yerba del camino. Mas cuando la luna pasando por lo alto de la cumbre de los montes , vino á alumbrar de nuevo la escena , su blanca luz proyectó una muger arrodillada junto al cuerpo del marqués de Rio-Santo. Aquella muger estaba orando y parecia que desde mucho tiempo habia pasado los límites de la juventud , siendo no obstante muy hermosa todavía. En torno de su frente pálida tenia una especie de aureola de santa resignacion. Aquella muger era Mary Mac-Farlane , condesa de White-Manor , que en el cadáver tendido en los céspedes acababa de reconocer á Fergus O-Breane , su primero , su único amor.

Cuando hubo acabado su plegaria puso

la mano sobre el corazón de Fergus, que ya no latía.

La luna subía al horizonte y caía perpendicularmente sobre las facciones del difunto. En aquel semblante no había dolor. Los párpados doblaban sus largas pestañas de seda sobre las sosegadas mejillas. La línea de las cejas no temblaba; y parecía que la boca se había cerrado con una sonrisa. Con aquella sonrisa llena de éxtasis de felicidad, y de misteriosas alegrías, que poco antes asomaba de cuando en cuando en los labios del marqués de Rio-Santo, siempre que segregaba su pensamiento de la multitud y se aislaba en sí mismo.

¿En su éxtasis postrero, había visto tal vez las puertas del cielo?...

Inclinóse Mary Mac-Farlane é imprimió un beso de hermano en la frente del cadáver. La luna resplandeciente seguía su carrera entre el azul del firmamento, y la brisa arrullaba suavemente entre las ramas. Aquella muerte era tranquila y bella, rodeada de los silenciosos resplandores de la noche y del puro fervor de la oración.

En el drama que hemos bosquejado solo hay un hombre para nosotros. Un hombre de genio vasto y poderoso, que se reía de los obstáculos, y burlándose de ellos sometía todas las voluntades á la suya. Era fuerte como un imperio; mas Dios le hizo doblar la cerviz bajo la débil mano de una muger.

No nos tomaremos el trabajo de explicar lo que fue de los demás personajes de nuestra narracion: solo diremos las vagas y misteriosas esperanzas alimentadas por cuantos amaban á Fergus O-Breane.

Y lo diremos porque toman un supersticioso poder en nuestra imaginacion; y hay horas en que las circunstancias referidas sobre la muerte del marqués de Rio-Santo nos dejan á veces una duda invencible, y á veces nos hallan incrédulos.

Randal Grahame, que se habia dejado caer del caballo antes de llegar al derrum-

badero, la noche de la fuga, y que está lleno de vida, aguarda en la casa de su padre; y á veces recibe mensajes que vienen de lejos, sin que nadie sepa su origen.

El caballero Bembo, casado ya con Ana Mac-Farlane, no ha podido entregarle su corazon y ha dicho: Yo no me pertenezco todo entero. Está aguardando lo mismo que Randal.

La condesa de Derby, que se habia vestido de luto, ha dejado el velo negro; y á veces se la ve sonreir. Es que tambien aguarda. ¿Pero qué puede aguardar Ophelia, ese corazon subyugado, casi esclavo?..

Y qué pueden esperar Bembo y Randal Grahame cuyo amor al marqués era tan completo y tan profundo?

.....

De cuando en cuando si la tortuosa política del gabinete de san James se adormece y se olvida de arrojar á las pueblos periódicas semillas de odio, las naciones se entienden; se levanta un murmullo de reprobacion universal; y se amontona un nublado y sambrío amenazador que oscurece el hori-

zonte británico. Detrás de aquel nublado está la ruina, y á veces nos parece que de su seno va á levantarse terrible y fuerte, con los rayos en la mano, el genio de la tempestad... Fergus el irlandés.... el campeón de un odio inmortal.

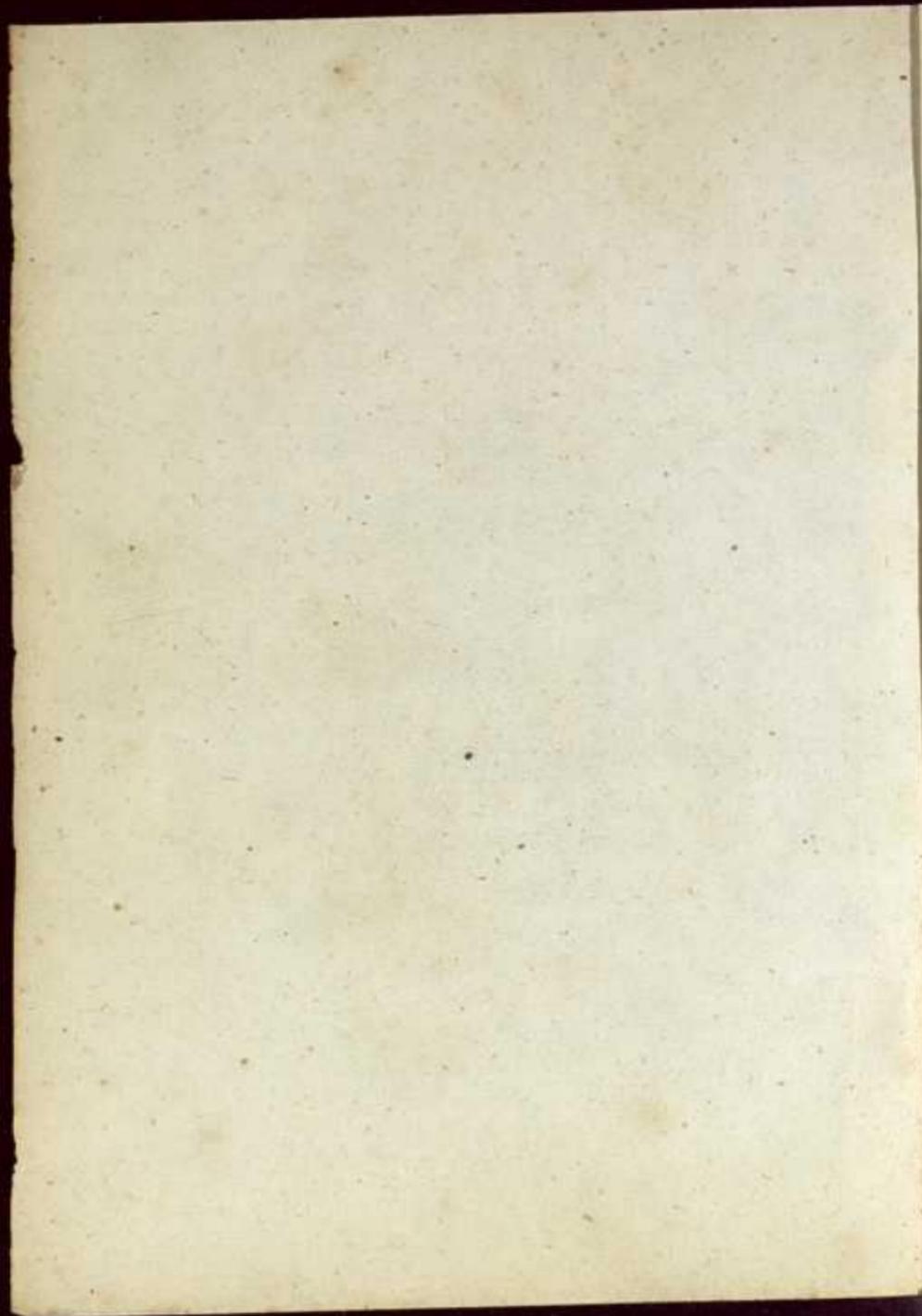
¿Ha sido suficiente la mano de una mujer para abatir á ese gigante, que solo en la balanza pesaba tanto como un imperio?... ¿Ha roto Dios esa palanca poderosa como si fuera un instrumento vulgar?

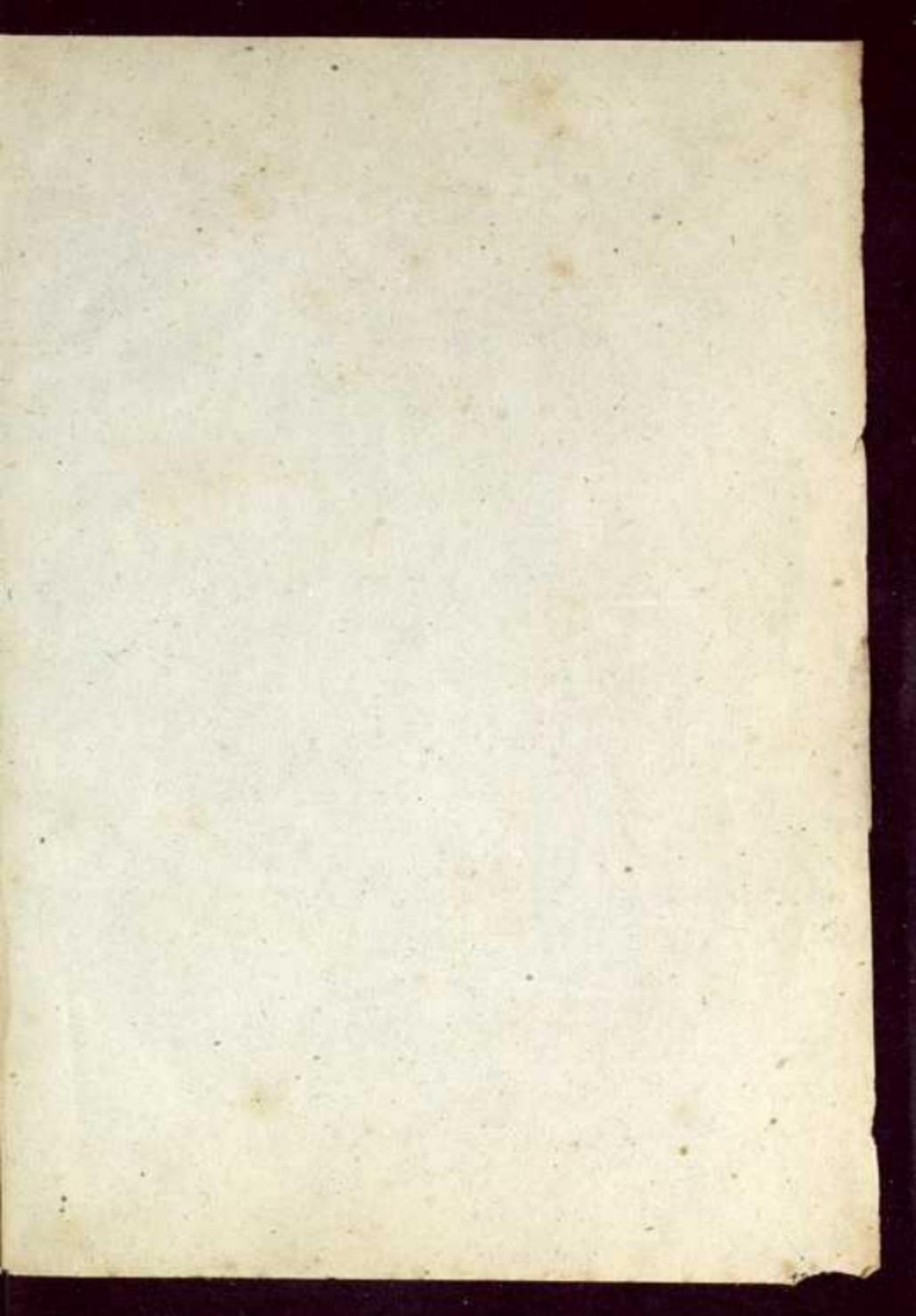
¡Quien sabe!... Tal vez la lava tambien se reune en el cráter del volcan apagado, esperando la centella que debe levantar otra vez el incendio.

Quizás cuando suene la hora de la espiacion se reconocerá al combatiente infatigable, con la cabeza erguido, y el pie sobre el pecho de la Inglaterra vencida agitando en la mano el estandarte recobrado de la Irlanda en medio de las aclamaciones del universo!!!....

FIN.

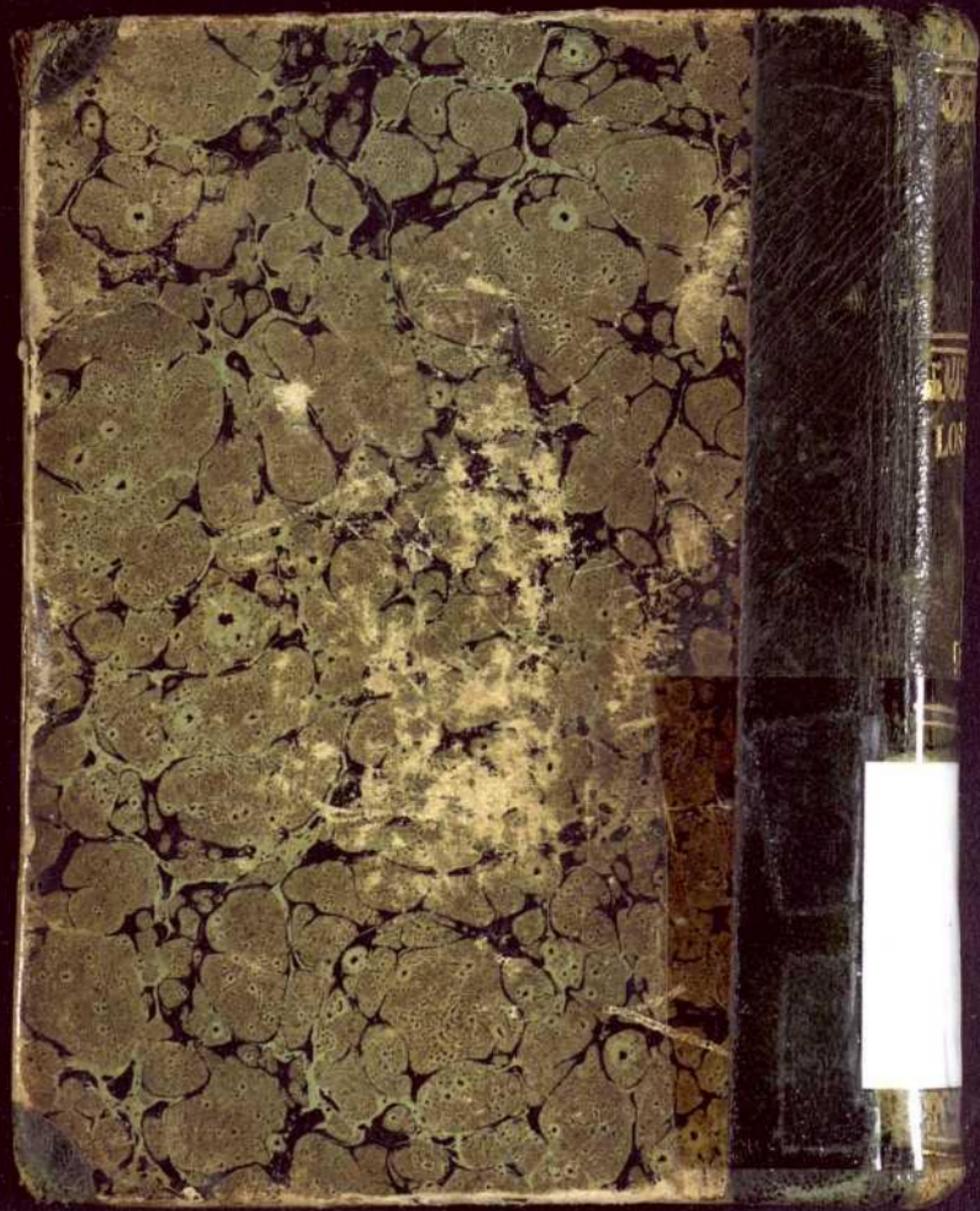












LIBRARY OF THE
MUSEUM OF LONDON

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF LONDON

LOS MISTERIOS

DE

LONDRES

**A18
1178
(1-5)**